

ARCHIVUM

TOMO VI

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1956

N.º 3

LA INTEGRACION DEL CULTISMO



Dos tipos de fenómenos pueden distinguirse entre aquellos que producen derivados cultos en los lenguas romances: Unos que pudieran llamarse de integración inmediata, y otros de formación mediata; o de otro modo expresado: Causas de ascendiente latino y causas de ascendiente propiamente románico.

FENOMENOS DE ASCENDIENTE LATINO

No pocos de los cultismos con que actualmente cuenta el español elevan su procedencia a la época latina, en que por diferentes circunstancias se iniciaron. Una de las causas de mayor interés es la constituída por los llamados *dobletes* o pares etimológicos, de los que se han originado, en ciertos casos, derivados dobles. En la formación de un par, intervienen diversos factores, que no siempre son absolutamente fonéticos, pues muy a menudo los hechos semánticos toman parte en la bifurcación originaria y sin duda contribuyen a ella y hasta la precipitan. Incluso podría llegarse a la conclusión de que los dobles simplemente fonéticos carecen de interés, y en cuanto no sufren en algún período de su vida presiones conceptuales están destinados a la eliminación lingüística. Propiamente hablando no cabría en realidad considerarlos como

tales dobles, sino más bien como meras etapas convivientes de un proceso de evolución fonética, una de las cuales concluirá siendo superada.

Así, por ejemplo, el par aceptado por Meyer-Lüble (*Rew.*, 229) *vetulus-veclus*, no creo que represente en latín más que una doble forma fonética, la más antigua de las cuales fué consumida sin dejar descendencia románica. La existencia de este presunto doblete (señalado en el *App. Prob.*) carece de valor para nuestras investigaciones, ya que semánticamente estamos ante un mismo significado que posee dos formas significantes en evolución sonora, hecho que es posible observar en la mayoría de las evoluciones fonéticas (*carraira-carrera; feito fecho; etc.*). Naturalmente otros términos de de aquella misma órbita conceptual (*veterano, vetusto*) tienen étimos propios.

Otra muestra de dobles que nos interesa considerar son aquellos cuyas formas producen derivados vulgares con similares contenidos semánticos. En realidad nos hallamos solamente ante una variante del caso anterior, que no debe merecer para nosotros más que una atención transitoria. Lo ocurrido es que la eliminación de alguno de los términos no se produjo en latín, alcanzando a originar derivados romances diversos, según el repartimiento de aquellos. Por ello, los productos vulgares románticos de *tabula-aula* (y *tafula*) (*Rew.*, 3514) (*App. Prob.*, 130) arrancan bien del primero, del segundo (o del tercero) de esos términos, con significaciones enriquecidas luego por polisemias posteriores.

De interés, por su curiosidad, es el caso opuesto, o sea aquel en que los dos elementos de la geminación latina dan lugar a derivados cultos. Pueden servirnos de ejemplos las formas *acacia-acacia*, esta segunda con acentuación sobre el modelo griego. Manifiestantes cultos de la primera de ellas son el italiano *acacia*, y el español y portugués *acacia*, el grupo *acace, achace, acacie*, del siglo XIV francés y el testimonio *acacia* en el XVII, también francés. En cambio el italiano posee otra forma, referida al segundo de los términos, *gaggia*, mientras el francés moderno acentúa asimismo su



derivado actual siguiendo la manera griega. (*Rew.*, 58; *Arch. Glott. Ital.*, III, 388 y XV, 376).

El funcionamiento que pudiéramos considerar normal del doblete es el que ocasiona un representante culto desde su forma selecta y otro vulgar desde la forma popular. Son indudablemente los más numerosos y los que deben atraer de modo más especial nuestra atención. Así, *intēgrum* frente a *intēgrum* (*íntegro, entero*); *articulus* frente a *articulus* (*artículo, artejo*); *calidus* frente a *calidus* (*cálido, caldo*); *solidus* frente a *solidus* (*sólido, sueldo*); *ravidus* frente a *ravidus* (*rábido, rabioso*) etc.

Tan importante grupo de fenómenos no ofrece, sin embargo, un comportamiento uniforme, sino que se presenta ante nosotros con determinadas particularidades, motivadas por varias circunstancias, ya estilísticas, ya semánticas, ya de diversos órdenes sociales, técnicos, etc., que han influido sobre la expresión. Las principales condiciones que conviene apreciar son:

1.º Cada uno de los derivados ha recogido una de las desviaciones semánticas producidas en el étimo geminado latino. Un verdadero fenómeno de solidificación conceptual preside muchas veces estos tránsitos del primitivo sentido, si bien las distancias semánticas alcanzadas por las divergencias del doblete inicial varían mucho de unos a otros casos, ya que pesan sobre ellas factores secundarios de polisemia, pluralidad de uso, objetivaciones, etcétera. Dentro de la relatividad de estas apreciaciones, podría considerarse mayor la diferencia semántica alcanzada actualmente por los derivados de *solidus-soldus* que la ofrecida hoy por los de *intēgrum-intēgrum*. Podemos pensar que el motivo primario de la desviación ha sido fonético-semántico, aunque en casos determinados hayan pesado también circunstancias de otro tipo, y admitir de modo general que el elemento popular del doblete encarna una restricción del sentido, mientras el factor culto tiende a una ampliación de él.

2.º Las dos formas románicas expresan una idéntica idea, poseen el mismo contenido expresivo. Estamos ante el caso de dos

significantes para el mismo significado y hemos de acudir para explicar la geminación a factores puramente fonéticos, influidos en algunos casos por presiones desviatorias sociales o estilísticas. Los derivados españoles de *augurium* y *aqurium* (*augurio*, *agüero*) y de *frigida* y *fricda* (*App. Prob. 54*) (*frigida*, *fria*) pueden estar en este caso.

No siempre la evolución se ofrece de esta manera, para nosotros tan correcta, sino que en ocasiones se presentan opuestas por entero. Es decir, que el representante selecto en el par latino origina evoluciones vulgares, mientras que el que debía ocasionar un derivado popular crea uno culto. Es el caso, por ejemplo, de *exter-extraneus* (*App. Prob. 118*) en el que la segunda forma, a pesar de su gran desarrollo en el lenguaje hablado desde el siglo I antes de Cristo, cuenta con manifestaciones cultas en italiano, logudores, francés, catalán, español y portugués, en tanto que *exter* ha producido vulgarismos en boloñés y engadino.

En otras ocasiones, el par latino poseía un doble significado, muy afín y fruto de una polisemia verificada dentro de su propio período lingüístico. Así, por ejemplo, con la forma clásica *slavus*, en el significado de 'eslavo' o 'prisionero eslavo', convive el latín vulgar *sclavus*, término en el que ha desaparecido el concepto toponímico, ya muy desgastado en el latín clásico. Los derivados españoles reavivan las diferencias, refiriéndose directamente a cada uno de los valores primitivos.

No podemos dejar de conocer tampoco, la existencia de numerosas voces latinas, de utilidad verdaderamente culta en aquella lengua, grecismos en su mayor parte, que se constituyen en fuentes de derivaciones cultas, sujetas por otra parte a las consideraciones ya expuestas. He aludido a este fenómeno en *Problemas del cultismo* (*Hom. a M. Pidal*, VII, 17 ss.).

FENOMENOS DE CONDICION ROMANCE

Para tener una visión correcta de los hechos que, dentro del área romance han ocasionado voces cultas, hemos de situarnos

precisamente en el plano del bajo latín, en la época en que la convivencia de términos clásicos o vulgares con derivados ya románicos permite rastrear el nacimiento de algunas de aquellas.

El primero de los hechos que se nos ofrece ya ha atraído nuestra atención anteriormente porque en su ausencia se trata de un fenómeno lingüístico general, que surge allí donde la expresión y la vida se entrecruzan. Del mismo modo que a partir de un sólo vocablo el latín crea dobles que inmediatamente inician una existencia propia, así también las lenguas romances crean sus pares expresivos con idéntica vitalidad y porvenir. Ante la persistencia de este hecho hemos de comprender que nos hallamos no ante un simple acontecimiento fonético, como tácitamente enjuicia el positivismo, sino, ante todo, frente a un proceso complejo de evolución lingüística en el que los determinantes espirituales desempeñan el principal papel.

La geminación románica se produce, como la latina, por una desviación fonética alentada por diversas circunstancias. Dos categorías esenciales de pares románicos conviene contemplar:

1.º La de aquellos que representan una verdadera bifurcación a partir de un elemento vulgar dado.

2.º La de los que crean un segundo elemento no por evolución paulatina, sino en virtud de una regresión culta sobre la forma latina.

Tanto en un caso como en otro se nos ofrecen condiciones especiales que conviene observar.

Han de tenerse en cuenta las fechas relativas de las transformaciones fonéticas, ya que de esta circunstancia dependerá en gran parte la formación de los que pudieramos llamar dobles romances. Así aquellas formas latinas vulgares que por diversas circunstancias poseen una larga vitalidad son muy aptas para la conservación, permaneciendo ya luego en convivencia con los términos evolucionados.

El fenómeno es el siguiente: Todo arcaísmo lingüístico encierra en sí una evidente posibilidad, un germen de cultismo, que podrá

desarrollarse o no según las exigencias expresivas de la ocasión y del idioma dado, pero que en no pocos casos se resuelve en una forma culta. Ese parece ser el caso, en el español, de algunos arcaísmos que provenientes del fondo jurídico utilizado por los notarios leoneses encuentran cierta difusión en documentos de la baja Edad Media. Observemos un par de ejemplos: Las formas conservadoras procedentes de *articulos* poseen una larga vitalidad entre los siglos XI y IX: *artigulo* (León, 970), *artigolo* (León, 965), *artigulo* (León, 1009, Sahagún, 1011 y León 1061). De modo semejante se comportan los derivados de *titulus*: *titolis* (León, 625), *tidulus* (León, 1034) *titulum* (Benevivere, 1081) haciendonos pensar que estos y otros muchos casos análogos facilitan, con su supervivencia, la solidificación del cultismo. La circunstancia de que algunos de ellos no hayan llegado a producir más que evoluciones semicultas: *tilde*, (etc) parece confirmar lo expuesto.

En este orden de cosas, la gran cantidad de cultismos españoles que conservan, por ejemplo, la vocal protónica interna (*luminaria*, *colocar*, *pectoral*, *vindicar*, *menester*, *literato*, *secular*, *roborar*, *limitar*, *adjudicar*, *laborar*, *colorar*, *temperar* etc.) se halla en relación con la arraigada vitalidad de dicha vocal en numerosos arcaísmos de los siglos XI y XII (*Orig.* § 345).

Del mismo modo, otras evoluciones fonéticas que se han producido ya en el seno del período romance y con relativa tardanza tienen por consecuencia una cesión, muy amplia, de cultismos con dicha característica fonética. Fenómeno tardíos (M. Pidal *Gram.* § 63 bis, 16) como el de la palatización *ct > ç*, permiten la integración de una gran cantidad de voces cultas: *defecto*, *docto*, *nocturno*, *pacto*, *acto*, *tacto*, *actuar*, *actual*, *docto*, *lector*, *octavo*, *octubre*, *recto*, *tracto*, *luctuoso*, etc. Consideraciones semejantes podrían hacerse sobre otros tránsitos, como el de la monoptongación de los dip-tongos decrecientes *au* y *ai*.

Por el contrario, y siempre dentro de la relatividad y frecuencia proporcionales que han de tenerse en cuenta, las evoluciones más antiguas, verificadas dentro del latín vulgar, como las diferen-

cias de timbre vocálico, por ejemplo, arrojan un pequeño saldo de cultismos, entre los más remotos de nuestro idioma: *libro, digno, continuo, púrpura, número, mundo, cruz, bula, lucro, demonio*, etc.

Una importante regla parece desprenderse de estas apreciaciones, que posteriores investigaciones habrán de verificar: El grado cronológico de un fenómeno fonético guarda una relación proporcional con el número de cultismos por él desarrollados.

Vamos a examinar ahora las exigencias semánticas que pesan sobre los que hemos llamado dobles o pares románicos, que presentan en su formación y desarrollo caracteres muy similares a los que presidían el funcionamiento de los latinos.

Hemos de tener en cuenta, en principio que, según la fisiología fonética usual, las formas varias que corresponden a un tránsito cualquiera se hallan impulsadas a recorrer su órbita evolutiva en un tiempo sumamente variable, que depende del carácter y fuerza de otras presiones lingüísticas concurrentes (*Orig.*, §, 530 y ss.) Convivencia de formas, fenómenos de regresión, contaminaciones, etc, actúan en esta marcha cuya desembocadura suele ser la nueva estructuración sonora.

Para que una forma, ya originaria o en evolución, se anquilese ocasionando un fósil culto o semiculto, ha de mediar una fuerza que se oponga a ese devenir normal, o que pueda rehabilitar de modo brusco al vocablo originario. Entre las principales causas que pueden apreciarse corresponde considerar los factores semánticos que son indudablemente los que actúan en mayor número de ocasiones y aunque en muchas de ellas su funcionamiento vaya acompañado de otros motivos, no será difícil determinar la presencia de este influjo. Dentro de la amplia órbita de la exigencia semántica operan una serie de circunstancias y se presentan una serie de matices que deben discutirse.

a) Entre el representante culto y el vulgar no media una ostensible relación semántica. La causa de esta falta de relación puede ser una antigua polisemia latina, cuya concatenación inicial se halle más o menos perdida, o bien una polisemia romance en

análogas circunstancias. En muchas ocasiones el étimo latino encierra una duplicidad o pluralidad de significados que suelen canalizarse hacia una u otra forma romance, repartiéndose entre ellas según los diversos grados de selectividad y extensión de los conceptos. Por ejemplo, en las formas latinas *rotulu* y *regula* conviven una serie de significaciones luego depositadas en los derivados cultos y vulgares *rotulo*, *rollo*, *rolde*; *regla*, *reja*. En semejante situación se encuentran *materia*, *duplicare*, *spatula*, etc.

No siempre es preciso que existan tonalidades significativas latinas para que estas se manifiesten en los productos románicos, como puede ser el caso de las formas *curso* y *coso*, respecto a *cursos*, motivadas sin duda por una polisemia de localización romance. En iguales circunstancias parecen hallarse los términos procedentes de *bullā*, *tractare*, *peculiare*, *cathedra*, *defensa*, etc.

b) Por el contrario, entre los vocablos del par románico, media una íntima relación, no siempre de la misma intensidad pero sí lo suficientemente estrecha para que pueda reconocerse la afinidad conceptual de ellos. En tales circunstancias se hallan los dobles derivados de *lucru*, *dictatu*, *minutu*, *laborare*, *temperare*, *masticare*, *decimu*, *famelicu*, *rapidu*, *anima*, *ancora*, *sofocare*, *delicatu*, *pennula*, *doctu*, *conciliun*, *taleare*, *tremulare*, *coagulo*, *laudare*, etc.

Los dos estados de comportamiento semántico apuntados, constituyen dos polos entre los que media una amplia gama en la que los significados muestran una menor o mayor concomitancia. Causas sumamente complejas y en la mayoría de los casos de imposible reconstrucción han proporcionado diferentes velocidades a las desviaciones de los sentidos o las han proliferado de muy diversa manera. Por ello, lo mismo podemos encontrar pares que reflejan con mucha fidelidad una estructura semántica latina, que otros sumamente distanciados de los originarios conceptos. El terreno movedizo del lenguaje, en el que conviven inseguras circunstancias sociales, renovaciones y exigencias expresivas, cambios profundos en los objetos significados, diversidades en la concepción del sujeto, y otras distintas causas más, motiva una verdade-

ra infinidad de resultados. Pues así como en el puro campo del fenómeno fonético es posible hasta cierto punto reconstruir leyes de comportamiento general, en el área de los significados hemos de movernos siempre con una mayor relatividad, pues la vida semántica se halla irrigada por numerosas savias que llegan a convertir a cada órgano, en muchas ocasiones, en un ser de economía propia.

Pero no siempre el cultismo es fruto de una geminación semántica y morfológica, sino que en abundantes casos se nos ofrece como una unidad de sentido y forma, lo que nos sitúa ya ante un problema en cierto modo distinto. Las voces que se relacionan con los étimos latinos *audace*, *invidia*, *felice*, *impetu*, *iniquus*, *continuu*, *tribu*, *appellare*, *aera*, *adversariu*, *advertere*, *adjuncere*, *actu*, *acedia*, *accessu*, *acacia*, *absolvere*, *abusu*, *abacu*, *diluviu*, *dieta*, *diabolu*, *diaconu*, *detonare*, *delicia*, *crudele*, *carita*, y muchísimos más, no parecen haber originado formas pares, culta y vulgar, en español.

El grado de selectividad idiomática de estas voces es asimismo muy diverso y se halla en la misma escala de relatividad ya señalada anteriormente. Entre los términos *diablo* y *ábaco* existe una diferencia indudable de selección a favor de este último, motivada en este caso por ser el primero un vocablo de amplia introducción eclesiástica y el segundo de mantenimiento técnico mucho más restringido.

Con ello nos enfrentamos ya con algunas de las causas más importantes del movimiento idiomático culto, cuya fisiología se verifica con fuerzas funcionales muy diversas, pero que corresponde en alguna manera delimitar. Cada una de ellas ha producido y produce aportaciones cultas que el mercado lingüística baraja y altera luego con su dinámico vitalismo, conservándolas, trocándolas o modificándolas, atenuando o acentuando sus matices, o acaso prescindiendo de ellas, en un proceso de eliminación orgánica. Pues no ha de insistirse en que los cultismos no son materiales de repuesto expresivo, ni constituyen una zona erudita severamente aislada, sino que son piezas tan vivas y útiles en el lenguaje como

puedan serlo los factores vulgares. Más veamos algunas de esas fuerzas motoras de mayor interés:

a) El latín eclesiástico. Su importancia no ha de ser puesta de manifiesto una vez más. La única pervivencia y actividad del latín como lengua hábil, perdido su uso universitario, es la eclesiástica, en virtud de la cual este latín sigue en contacto permanente con las nuevas lenguas de él derivadas. Un amplio caudal de voces románicas, que han sido afortunadamente tratadas por Reinfelder, son fruto culto de dicha influencia. Buena parte de ellas (*bautizo, angel, cruz, miseria, predicar, párroco, templo, siglo, oficio*, etc.) representan, por su significación, verdaderos vulgarismos. Otras (*partícula, pelicano, decálogo, túnica*, etc.) no han logrado tan amplia difusión. Pero lo importante es que nos hallamos ante una fuente de producción culta que por su gran arraigo popular está especialmente condicionada para la divulgación de su vocabulario, la mayor parte del cual remonta su antigüedad a los primeros siglos del idioma,

b) Los latinismos jurídicos. El latín notarial ha dejado también profundos rastros en el español, al representar otra tradicional persistencia de aquella lengua, o de sus fórmulas más usuales, frente al habla vulgar. Las investigaciones de Menéndez Pidal sobre la lengua notarial leonesa de los siglos X y XI arrojan datos de extraordinario interés para este aspecto de la introducción culta en castellano, máxime porque han permitido establecer la presencia de restos de habla latina vulgar frente al latín escolástico de uso erudito en los siglos medios. Esa lengua jurídica se halla en gran parte de su léxico a mitad de camino entre las expresiones de latinización pura de los escolásticos y los giros semiromanceados de ese otro habla vulgar. «La mayoría de los notarios quería escribir el bajo latín de las escuelas, usual en todas partes, pero algunos de ellos se entregan a ese latín popularizado, poseedor de una voz latina vulgar, *cingidur*, 'cingitur', de un participio futuro, *avidura*, 'habitura', de una declinación vulgar, *abostoli, reliosis, amobus, posteridas, mader*, de un juego de partículas vul-

gares *abut, sigut, subra, parider*; un latín que conservaba mucho de las declinaciones y conjugaciones del clásico, mucho del léxico, preposiciones, conjunciones y adverbios del latín culto, mucho de todo esto que no se conservó en el habla corriente, pero lo conservaba transformado por la pronunciación popular. El latín escolástico refleja mucho de la sintaxis del latín vulgar; el latín leonés refleja también mucho de la fonética y de la morfología. Este latín leonés es, por lo tanto, una preciosa supervivencia del latín hablado en la más alta Edad Media, allá en los siglos V o VI, cuando empezaban a formarse los romances; es una muestra bastante completa del latín vulgar o del lenguaje más próximo al latín clásico que al romance, propio de la época antiquísima cuando el habla popular aún no había olvidado del todo las formas y los giros clásicos (pasiva, declinación, etc.) para limitarse a los usos lingüísticos que después se perpetuaron en los romances» (*Orig.*, § 952).

c) De los párrafos de Menéndez Pidal se desprende la existencia en las regiones leonesas de un arcaico uso de restos lingüísticos vulgares latinos, cuya presencia ha de tenerse muy a la vista en la biografía del cultismo español, ya que ese estado de cosas leonés refleja sin duda otras situaciones peninsulares, hallándose en relación estrecha con la gran masa de habla mozárabe del sur y este de España. En los últimos años del siglo XI, y como consecuencia de la profunda escolastización cultural llevada a cabo por la reforma cluniacense y otras causas anejas, estas supervivencias latinas populares se agostan completamente.

d) Ese latín escolástico que de modo tan decisivo contribuye a la desaparición recién citada, extendiéndose de modo muy amplio en los siglos XII y XIII como obligada dicción erudita, transmite gran cantidad de formas cultas al idioma, de que son buen reflejo los depósitos literarios contemporáneos: *gramatcos* (*Rey. Magos*) *vendegado, capitulo, doctrinado, refacio, restaurar*, etc. (*Berceo*), *fésico* (*Alf. X*) etc.

e) Corresponde observar ahora la influencia que en el léxico que tratamos ejerce la lengua literaria. Realmente escapa a los lí-

mites de estas notas una determinación puntual de tan extenso y complejo fenómeno, en el que intervienen profundas causas estilísticas (las más de las veces de pura localización individual) renovaciones expresivas, presiones externas, exigencias rítmicas o melódicas, metaforizaciones, etc., que a lo largo de todo el idioma han ido aumentando el haber de nuestro léxico culto. Sin embargo sí debemos analizar algunos de los hechos más salientes que este influjo produce:

e') Creación de neologismos sobre étimos latinos.

e'') Ampliación del uso de cultismos de escasa vitalidad.

e''') Empleo culto de voces vulgares. En ciertas ocasiones vocablos de morfología vulgar empiezan a ser objeto de un paulatino tratamiento literario, que apoyándose en algunas posibilidades específicas del término, lo eleva, mediante un proceso selectivo del mayor interés, a un plano de utilización culta. Tal es el caso, por ejemplo, de la voz popular *raudo*, que, a partir de un primer uso en la lengua poética del siglo XVII, inicia su circulación literaria con aquel matiz.

f) Circunstancias sociales. Realmente los fenómenos hasta ahora observados se realizan en el seno social, pero queremos en esta ocasión referirnos especialmente a aquellos que se producen a causa de la presencia de diversas capas de distinta estructura cultural, o a hechos que tienen sus motivos en circunstancias puramente sociales.

La lengua no es un patrimonio exclusivo de las clases populares, ni debe su ambulación a un movimiento de índole puramente vulgar, como en términos generales considera en la práctica la gramática histórica tradicional. Ni el propio Saussure se hurtó a la creencia de un desarrollo lingüístico en «estado de naturaleza». Sin embargo, la realidad idiomática es mucho más rica, refleja en su organismo la extraña complejidad de los hechos humanos, cuya simplificación artificial solo puede proporcionarnos errores o visiones parciales. La base de esta bipartición del material lingüístico en una región popular y otra culta, procede, como ya sabemos, sólo de

la diferencia de comportamiento fonético. Se olvida, en primer lugar, que también las voces cultas tienen una especial manera de comportarse fonéticamente, no menos interesante ni expresiva por el hecho de no ajustarse a aquellas otras leyes que condicionan la evolución popular (lo que no imposibilita la existencia de alguna clase de legislación propia); pero además se prescinde de la coexistencia multiseccular de ambos grupos expresivos—si en realidad podemos acotarlos —, de su matización gradual e infinita, y de sus trascendentales relaciones semánticas. El hecho de que sobre el lenguaje culto pesen en ocasiones mayores influjos semánticos que sobre el popular no es, por cierto, motivo para apartarlo del campo del estudio o estimar que sólo puede ser tratado siguiendo una orientación idealista.

En esa sociedad que nos ocupa el lenguaje sufre diferentes influjos que provienen, en primer orden, de la convivencia de capas culturalmente elevadas con otras populares. El plasma idiomático, que pudiera decirse, el vehículo de expresión general es en la mayor parte de su caudal el mismo, circunstancia que ha de tenerse muy a la vista, pues precisamente sobre esta base expresiva común es donde se realizan los fenómenos de trueque y difusión. Así como las clases populares, matizadas muy diversamente, reciben de manera constante el influjo del habla culta, del mismo modo los vulgarismos del habla popular están de modo permanente actuando sobre la expresión social elevada. Los fenómenos principales de esta alternancia de fuerzas son los siguientes:

f') Las voces y giros populares pueden sufrir un proceso de selección, de cultivación que llegue a convertirlas, prescindiendo de su aspecto fonético, en piezas cultas, aunque conserven su tradicional empleo entre la clase de que proceden. Se trata solamente de un fenómeno de transfusión, en el que el factor cedido puede transportar fielmente su significado o acaso matizarlo con una nueva modulación semántica. El caso, ya citado, del empleo literario de la voz *raudo*, es un ejemplo que vuelve a ser útil.

f'') Por el contrario, términos o fórmulas de dicción culta

pueden alcanzar, como ya hemos observado, una extensa circulación popular, en un proceso de vulgarización de índice opuesto al anterior.

Es decir, las necesidades de la creación expresiva culta no siempre se mantienen, como parece indicar el concepto al uso de cultismo, de regresiones etimológicas latinas, o de supervivencias o polisemias de esos étimos— como hemos alcanzado a ver—, sino que también se nutren, y en buena parte, de formas populares concurrentes. El desgaste semántico por un lado, y la necesidad de mantener cultismos de irradiante matización selecta, por otro, son las fuerzas que producen este constante movimiento.

f") Resultado de ellas son también las eliminaciones, la verdadera excreción lingüística de los utensilios expresivos estériles, o marcados por algunos estigmas, residuos que por su propia gravedad van decantándose y desapareciendo. Muchos de ellos son estos ocasionales cultismos que alcanzaron una fama más o menos duradera; otros son materiales sobre los que pesan también presiones selectivas que los empujan hacia los límites del habla culta. Así, por ejemplo, el derivado culto de *masticare* va consiguiendo un desplazamiento progresivo de la forma vulgar, precisamente estigmatizada.

g) Otra de las grandes fuentes de integración culta son las hablas técnicas que de modo constante ceden al caudal idiomático numerosos vocablos, cuya suerte posterior es muy diversa. La continua aparición de objetos producto de esa técnica, que se multiplican de modo amplísimo en épocas de gran actividad como la nuestra, producen lexicalizaciones que pronto llegan, a veces, a las últimas zonas del idioma. La mayor parte de los neologismos de esta procedencia son vocablos cultos reconstruidos sobre bases latinas o griegas, o acaso sobre grecismos de transporte latino. Desde el siglo XVI en que los progresos técnicos y los conocimientos científicos y naturales empiezan a desarrollarse, hasta el momento actual, las aportaciones lingüísticas en esta zona son ex-

traordinarias y han enriquecido de modo muy numeroso el vocabulario de las hablas romances. Términos como *anatomía, cuadratura, sideral, testículo, vehículo, viscera*, etc., se forman sobre bases directamente latinas en el siglo XVI. Otros, como *academia, cadmio, cóndilo, epidermis, epilepsia, hemistiquio, hexágono, hidráulico, histórico, isósceles, metamorfosis, monosilabo, oda, paralelogramo, peritoneo, ciático, astrónomo, axioma, étnico*, y muchos más, proceden, en la misma época, del griego, pero a través de étimos latinos clásicos. Pocos de los vocablos citados han llegado a la zona popular del idioma, lo que no impide que otros tecnicismos, como *radio, avión, auto*, etc., puedan alcanzar una difusión general. No faltan, por cierto, en estas antiguas o modernas incorporaciones fenómenos de ultracorrección, etimología popular, etc.

h) Han de tenerse también presentes los influjos lingüísticos vecinos que no pocas veces precipitan la formación de un cultismo nacional a semejanza del formado en otra lengua. Prescindiendo ya de los hechos de influencia directa (galicismos, italianismos, etcétera) muchos de los cuales producen verdaderos cultismos de base no directamente latina, han de considerarse aquellos otros integrados de modo independiente sobre etimologías latinas, pero como reflejo de situaciones expresivas extrañas.

RAFAEL BENITEZ CLAROS